

DOMINGO, 23.36

Dios camina por Schibboleth, mientras rebusca en los bolsillos de su memoria el pasado remoto y el futuro próximo. Sus habitantes duermen. No saben que Dios está allí y que los está estudiando, a ellos y a sus presentes circunstancias.

Dobla la esquina de Magnolia con Main y observa que el tiempo no ha sido generoso con este pueblo; que se ha abierto paso con una tranquilidad tan engañosa que sus habitantes viven en la ignorancia de que han sido llevados con mentiras al silencio. Esta no es la forma en la que tenía que desarrollarse la historia de Schibboleth, guardiana de la llave eterna. Te preguntarás si un simple pueblo puede ser el guardián de algo tan preciado y si esa confianza todavía prevalece después de cien años, después de que estos hayan recorrido su ciclo incesantemente. Bueno, eso es lo que tienes que descubrir y lo que yo tengo que escribir, porque soy el registrador de todo lo que fue, es y será. Dirás que es una tarea ardua. Bueno, sí, por supuesto, pero será mi propósito hasta

el fin del —sí, aquí tenemos esa palabra de comportamiento huido— tiempo. Pero no hablemos más de mí. Por ahora no sabes lo que ha ocurrido más allá de este momento en que el pueblo huele a huevos podridos, a sigilo y a cosas que se mueven con el deseo de que las dejen solas. Lo notarías si vinieras aquí. Si caminaras por las calles cuando anochece. Lo sentirías dentro de ti. Mirarías atrás dos veces, puede que incluso tres, por miedo a que algo o alguien te estuviera siguiendo. Y si fueras lo suficientemente ágil, podrías ver que una bruma oscura flota sobre el suelo como si del aliento de un depredador invisible se tratara. Ahora mira de cerca, mira cómo inspira y expira desde el mismo suelo, desde los mismos cimientos de Schibboleth. Una negrísima oscuridad que flota y se mueve a voluntad. Tú sí podrías verla, pero no sus buenos ciudadanos. Como ya te he dicho, están durmiendo. Sus almas y sus mentes duermen. Algunos de ellos han olvidado que los callejones oscuros de sus fantasías infantiles son relevantes y reales. Que el tesoro que guardaban era la llave. El hecho eterno de que una esperanza, un sueño, un deseo fugaz, merece ser protegido. De estas cosas simples está hecho el mundo y así se mantiene. Ante este claro hecho, la buena gente de Schibboleth sabía con certeza quién era y lo que tenía que ser. En un pasado más lejano, todo el mundo en Schibboleth sabía esto. Peregrinaban en solitario o en grupos cogidos de la mano. Se dirigían por un camino muy trillado, donde las violetas salvajes florecían en la hierba, al depositario de todos los viejos deseos de sus corazones, de las oraciones (ya muchas veces dichas) de sus almas. Se dirigían al pozo. Moneda a moneda, mecían sus deseos y los dejaban caer como estrellas fugaces en las aguas cristalinas que los estaban esperando. Y en la época adecuada, cuando el tiempo se perdía en el tiempo, los sueños y deseos se manifestaban en el aliento de su

fe. Y la llave estaba tan bien protegida, tan bien custodiada, que la gente suspiraba satisfecha y descansaba. Pero su descanso caía en un tiempo de reposo y después en un tiempo de olvido.

Ahora, mira. Estoy en el camino olvidado, ya comido por las malas hierbas y lleno de maleza. Ahora el pozo está seco. Y mis alas se estremecen por tanta pérdida, mientras el tiempo transcurre vacío.

En la superficie, Schibboleth todavía se parece a muchos pueblos sureños por los que uno pasa de camino a otro lugar. Hay una plaza —aunque en realidad es más bien una glorieta— en la que está el ayuntamiento de Schibboleth, el restaurante de Kate, la barbería de Zadok, la peluquería de señoras de Obie, un colmado Piggly Wiggly y, en un extremo de la glorieta, la vieja gasolinera Pure, que lleva cerrada ya muchos años. La estafeta de correos está dentro del ayuntamiento. No hay parquímetros y la gente puede aparcar y atender sus asuntos todo el tiempo que necesite.

En el centro de la glorieta hay un roble centenario. El pueblo está lleno de robles, robles de agua y robles oso entre otros, pero este es el abuelo de todos ellos. Tiene una placa oficial que dice a cuántas guerras ha sobrevivido y que es tan viejo que lleva aquí más tiempo que América. Para los de Schibboleth eso es demasiado atrás en el tiempo.

A vista de pájaro y según la estación, se pueden ver campos de algodón y de maíz, hileras de judías o de berzas, hojas de mostaza y patatas. Pero independientemente de la estación, lo que más te llamará la atención es el plácido mosaico creado con la esencia viva de estas almas afines. Oirás las voces de la gente cuando se alzan al viento, sus manos cuando aplauden emocionadas con el relato de sus historias o la tierna música cuando escuchan

las historias de otros. En momentos de felicidad, en momentos importantes, los verás zapateando hasta ponerse colorados y quedarse exhaustos. He contemplado esta melodía de vida durante más años de los que tú llevas de pie. Es el baile del tiempo.

La gente de este pequeño pueblo está ocupada en el placer de criar a sus hijos, a los hijos de sus hijos y, con la bendición suprema de la gracia divina, a los hijos de los hijos de sus hijos. Generación tras generación, vigilan de reojo a los niños que juegan en los jardines o en los árboles y les gritan: «No tan lejos. No tan alto». Para sus habitantes, los niños son la esencia misma, el futuro de su fe en todo lo eterno y bueno. Memorizan el tamaño de sus manos, el olor de su pelo sudoroso, la expresión de sus enormes ojos confiados, sus juegos de mayores y sus divertidas ocurrencias. Contarán historias de su infancia hasta el fin de los días.

Las vidas de su gente parecen simples porque lo son, no porque ellos lo sean. No en el sentido peyorativo que la gente con prejuicios le pueda dar a la palabra. Son simples por costumbre, porque generación tras generación han hecho las cosas poco a poco, paso a paso, y porque han pasado la llave de mano en mano.

Que esto no te lleve a equivocaciones o malentendidos. Tampoco los subestimes con ningún concepto malintencionado acerca de la forma que adopta la inteligencia o el sonido que produce. Esta gente es sabia, observadora y rápida, de paso seguro. Y te matarán si tienen que hacerlo. Pero eso sería algo malo, terrible. El asesinato no es algo que les agrada y la guerra hace que se pongan de rodillas y recen, pero protegerán a sus jóvenes y a los suyos con ganas. No te equivoques.

Si alguna vez te aventuras en Schibboleth, sea por carretera o en sueños, fíjate en esto: cuando sus habitantes te conocen, te

vigilan muy de cerca, incluso cuando no están mirando. Por instinto, te vigilan a ti y lo que sale de tu boca. Ven si cae al suelo y echa raíces o se va volando con los dientes de león. Si ven que eres de corazón sincero y alma valiente, te verán como un amigo. A partir de entonces, lucharán por protegerte también a ti. Hasta el último suspiro. Es una costumbre que pasará de piel a piel, de hueso a hueso, de sangre a sangre, por siempre y para siempre. Los protectores saben cuál es su propósito.

Sí, los de Schibboleth saben cuál es su propósito o, para ser más exactos, lo sabían. Últimamente, se han vuelto muy vagos. No miran al futuro, sino muy atrás en el pasado, y piensan que están en el ayer. Una realidad sorda se ha posado sobre ellos. ¿Lo sientes? Es como si se estuvieran ahogando en algodón de azúcar. Como si se despertaran y caminaran por una media vida pegajosa y dulce, por un coma azucarado. Dios mío, ten piedad.

Ahora Dios se ha decidido a despertarlos, uno por uno, y a llamar a alguien en particular para que lleve a cabo una tarea. Este alguien es un chico que está muy lejos de casa. Digo un chico, pero Nehemías ya tiene treinta años, cuatro meses, tres días, doce horas, once minutos y sigue la cuenta. Según los criterios mundanales, ya es un hombre hecho y derecho, pero para los de Schibboleth es todavía su niño. (Tienen la costumbre de sentirse dueños de lo que aman.) Es una persona encantadora. Lo es desde que tenía dos años. Tiene el hábito de coger una silla, sentarse a horcajadas y ser el centro de atención en un porche o en el restaurante. Contará historias en todos los sitios o al menos solía hacerlo. Y la gente se reía, se daba palmadas en las rodillas y decía: «Cuéntanos otra, Nehemías, cuéntanos una más para el camino». Y él, gustosamente, les hacía el favor, con esa sonrisa que te decía que tenías que quererlo, esa que enseñaba el hoyuelo de la parte

derecha de la mejilla. Se recostaba en la silla y decía: «Veamos», y entonces sacaba algo de su repertorio con la misma facilidad con la que el mago saca un conejo de su chistera. Si tuvieran un equipo de fútbol americano, él sería su *quarterback*. Si celebraran una ceremonia de coronación, él sería su príncipe. Pero Schibboleth simplemente se conformaba con que Nehemías fuera el niño de sus ojos, y por mucho tiempo lo fue.

Qué bebé fue durante tanto tiempo. Este pueblo no adoró a nadie tanto como a él. A nadie. Pero entonces cayó el telón y se enredó de tal forma que Nehemías no pudo, o no quiso, quedarse. Dio media vuelta y se marchó a una ciudad con el ruido suficiente para impedir que las preguntas afloraran en el silencio. El ruido suficiente quizá para olvidar. O por lo menos para ahogar el recuerdo.

Y ahora estamos siendo testigos del desarrollo del comienzo. Una cadena simple de acontecimientos, de causas y efectos, que traerá un cambio a Schibboleth. Justo a tiempo. ¿Que la confianza no conoce horarios, dices? Ah, sí, pero incluso ahora oigo el tictac de un reloj registrador eterno que me dice que continúe.

Veamos. Los pies de Dios han llegado al final de Magnolia Street, donde Magnus vive con sus catorce gatos (aunque ella afirma que solo tiene siete). Mientras duerme, habla entre dientes, estira sus grandes pies, deja escapar una especie de resoplido y dos de sus gatos se levantan para ponerse al lado de sus hermanos. Pero no es a Magnus a quien busca Dios, sino a Trice (que rima en inglés con «*rice*»), que vive con ella a pesar de haber un montón de razones sensatas para no hacerlo. Trice ayuda a Magnus y, bueno, es difícil decir qué gana ella con esto, aunque algunos dicen que seguramente irá al cielo por cuidar de la irascible gallina vieja.

Dios sonrío cuando oye que la gente decide por anticipado

qué acciones podrían conducir a alguien a la luz o cuáles anulan toda posibilidad de entrada. Él los llama «los tanteadores».

Dios dice «Despierta, Trice» y ella lo hace, pero no como te lo imaginas. No como tú crees. Ella cae en un sueño más profundo y sueña con imágenes y fantasías, con visiones que no recordará por la mañana. Aunque de algo sí se acordará. Y en ese algo hay un mensaje. Saldrá a ver qué puede ser, qué es lo que la está llamando, y allí estará: una revelación que la espera en la verja principal, justo al lado de las dalias y las tomateras de Magnus. «Las cosas van mal. Llama a Billy.» Y esa afirmación la empujará al mañana. Verá el pasado ante ella como si de un mapa de carreteras se tratara, el presente tal cual es y el futuro tal y como será una vez y otra vez de forma diferente. Donde el futuro es un giro rápido a la derecha y otro giro rápido a la izquierda.

«¿Qué camino es la verdad?», preguntas. Por supuesto, el que toma el tiempo.

En cuanto Trice vea esto, todos los componentes, las piezas del rompecabezas, se evaporarán y la dejarán un poco jadeante con un escalofrío subiéndole por la espalda. Y vemos como niega con la cabeza mientras se pasa las manos por el pelo despeinado. Y entonces todo se pone en movimiento cuando entra en la casa, coge el teléfono que hay en el pasillo y empieza a marcar un número.

—¿A quién llamas? —grita Magnus, que se mete en todo, desde la otra habitación.

—A Billy —contesta Trice.

—¿Por qué? —pregunta Magnus.

—Porque sí —responde Trice, porque no está segura del porqué. A veces no hay respuestas y no parece que las vaya a haber nunca.

Al cuarto tono alguien le contesta de forma brusca.

—Me estás interrumpiendo el desayuno. —Billy siente debilidad por el cerdo frito y los panecillos. No lo disculpo. No tengo que hacerlo.

—Se supone que tienes que darme los buenos días.

—Buenos días, Trice.

Billy, llamado William Daniel por su madre, es un hombre torpe que todavía echa de menos a mamá y a papá, y que rompe a llorar cada vez que piensa en ellos. Y también echa de menos a su hermano pequeño, Nehemías. No llora cuando piensa en él; solo siente un vacío en el pecho, como si le faltara algo que tenía que estar ahí. No echa de menos a Trice, que siempre está interrumpiendo sus planes de no hacer nada. Como ahora mismo.

—Me he levantado y he visto algo. Entonces he pensado en ti, cuando así —chasquea los dedos—, sin más, me he encontrado cara a cara con Nehemías.

Trice hace una pausa, pero no hay respuesta al otro lado de la línea salvo el sonido de alguien masticando. Billy sabe que su «he visto algo» no será nada normal. Que su «he visto algo» viajará de una dimensión a otra. Un lugar descabellado del que él solo sabrá por ella. Después. Y ella exclamará «Tenías que haberlo visto, Billy», como si él pudiera chocar sus talones y vivir en la tierra de Trice. «Tenías que haberlo visto. Enormes águilas blancas sobre cumbres de montañas que me decían...» Nunca la ha animado a seguir. Ni una vez. Pero aun así la escucha.

—Se me ha ocurrido llamarte —dice Trice, y se calla y, como de costumbre, espera a que él responda, pero, como siempre, Billy no hace comentario alguno. Entonces se pone de puntillas y da pequeños pasos, una manía que tiene desde que tenía dos años—. Vamos a dar una vuelta.

Billy coge un panecillo del plato y le da un mordisco antes de preguntar:

—¿Adónde?

Trice pone la mano sobre el teléfono cerca de la boca para que nadie oiga lo que va a decir y susurra:

—A Washington.

—Has perdido la cabeza. —A Billy le gotea mantequilla por la barbilla y se la limpia con el dorso de la mano.

—Billy, como te he dicho, tengo...

Sus pequeños pasos ya están fuera de control: talón, punta, talón, punta; baja la voz tres octavas y esta retumba por la línea de teléfono.

—... un presentimiento.

Los presentimientos de Trice no son ninguna novedad para la gente de Schibboleth. Pueden ser cualquier cosa, desde un cambio en el tiempo hasta alguien que se muere y todo lo que va en medio. La mayoría lo encuentra desconcertante. Pero no deberían usar esa palabra. Deberían decir que es espeluznante. A veces, de esos presentimientos espeluznantes sale algo que la gente puede tocar y creer. Entonces se quedan asombrados. A veces parece que los presentimientos no son nada en absoluto. Ahora mismo Billy espera que sea lo último, porque pensaba escaparse a pescar un rato.

¿Adónde ha ido Dios en mitad de la noche? Simplemente se ha ido a dar una vuelta. A hacer un poco de inventario de la oscuridad y la luz, y al parecer no tiene mucha prisa, en vista de la penumbra invasora. Cuando miro, veo una verja abierta donde no debería haber ninguna y lo que está deseando entrar por ella: la oscuridad y la devastación. Y puedo sentir esa maldad que anhela vaciar a Schibboleth, que tira de ella con cada aliento rancio a la

espera de que la verja se abra más. A la espera de dar un paso adelante y devorar a un pueblo. Me dirijo a Dios en busca de respuestas.

Él me hace una seña para que me quede quieto, para que guarde silencio y escriba las respuestas a medida que se van presentando. Que así sea.

Ahora está de pie enfrente de la casa de Billy bebiendo una taza de café y admirando los robles que hay delante, mientras piensa que el árbol ha cumplido su promesa. Sus raíces de seis metros y sus ramas de más de diez hacen que la casa parezca pequeña. Y mientras lo admira, también escucha la conversación de Trice y las respuestas de Billy. A Dios se lo conoce por ser capaz de hacer varias cosas a la vez.

Señala con la cabeza hacia la casa de Billy, una vez, dos veces, y entonces se oye un gruñido que por el cable de teléfono se traduce en esto: es el sonido de las palabras «Está bien» y de alguien que se calza las botas, llena el camión de gasolina y pone rumbo a un lugar al que no quiere ir por un motivo que no entiende.

«Buen chico», dice Dios. Y el roble sonrío.